

# Arquitectura contraforense

Elis Mendoza / Sergio Beltrán-García

El presente artículo aborda el trabajo de Forensic Architecture, un equipo interdisciplinario liderado por Eyal Weizman, cuyo trabajo se concentra en realizar investigaciones en torno a situaciones de violencia, utilizando recursos de interpretación de los espacios arquitectónicos involucrados investigando los rastros materiales. Su labor ha contribuido a desestabilizar narrativas hegemónicas contadas por el Estado. Han llevado a cabo más de ochenta investigaciones en casi treinta países abordando casos de violaciones a los derechos humanos.

La investigación que realizaron en relación al caso de los 43 desaparecidos de la Escuela Rural Normal de Ayotzinapa, fue expuesta mediante un mural en el Museo Universitario de Arte Contemporáneo. En la situación de violencia que vive México, la creación de una unidad de investigación de Forensic Architecture resulta importante, así como el acercamiento de la Facultad de Arquitectura de la UNAM al equipo.

**Forensic Architecture · testigos materiales · violencia de estado · derechos humanos**

En septiembre del 2017 los muros blancos del Museo Universitario Arte Contemporáneo de la UNAM (MUAC), se vieron cubiertos con un poderoso mural de dieciséis metros de ancho por cinco metros de alto. A simple vista, el mural estaba compuesto por una serie de vectores en colores vivos que sugieren trayectorias que bifurcan, cruzan, cambian de dirección y mantienen un movimiento frenético y constante. Acompañando los vectores, se dibujan una serie de círculos, curvas, líneas punteadas y opacidades que construían un sentido de espacio que emanaba del caos.

Este mural de gran formato ofrece distintas lecturas dependiendo del posicionamiento espacial y contextual que su espectador adopta. En un primer acercamiento, el mural revela capas de datos compuestas sobre ejes cartesianos. El eje en X demarca una línea de tiempo que comienza a las 1 p.m. del 26 de septiembre de 2014 y termina a las 6 a.m. del 27 de septiembre del 2014. Durante ese lapso temporal aconteció en la ciudad de Iguala y sus alrededores el ataque a los estudiantes de la Escuela Rural Normal Raúl Isidro Burgos —mejor conocido como Ayotzinapa—, en la que seis personas fueron asesinadas, más de cuarenta resultaron heridas, y cuarenta y tres jóvenes estudiantes fueron desaparecidos de manera forzada. En el eje Y del mural se definen los lugares relevantes donde sucedieron estos hechos, organizados de acuerdo a su latitud. Los cruces de estos dos ejes construyen eventos que suceden en tiempo y espacio a distintos actores, cuyas diferencias se distinguen con cambios cromáticos, un color para cada categoría de actor —rojo para los normalistas, azul para policías, morado para presuntos criminales, verde para militares, y negro para la versión de la Procuraduría General de Justicia (PGR)—. Así, el mural de tiempo, espacio, actores y eventos revela una cartografía de la violencia, donde se confrontan versiones distintas sobre aquella terrible noche de Iguala.

Este fue el mural de Ayotzinapa que, siguiendo la tradición pedagógica del muralismo mexicano del siglo pasado, buscaba revelar tras una segunda lectura la desestabilización de la llamada “verdad histórica” que fabricó el entonces Procurador general de justicia Jesús Murillo Karam —develada por los autores del mural como “la mentira histórica”—. El mural expone en su gran extensión verdades polifónicas tomando como base el reporte del Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI), más de mil páginas de reportes, más de cuarenta horas de video, reportes telefónicos y comunicaciones de actores policiacos y militares, testimonios de víctimas recopiladas por periodistas como John Gibler, para así contrastarlo con los reportes de la PGR. Así, con más de cinco mil observaciones de datos, el mural se vuelve una experiencia estética que produce evidencia que da cuenta de discrepancias narrativas sobre

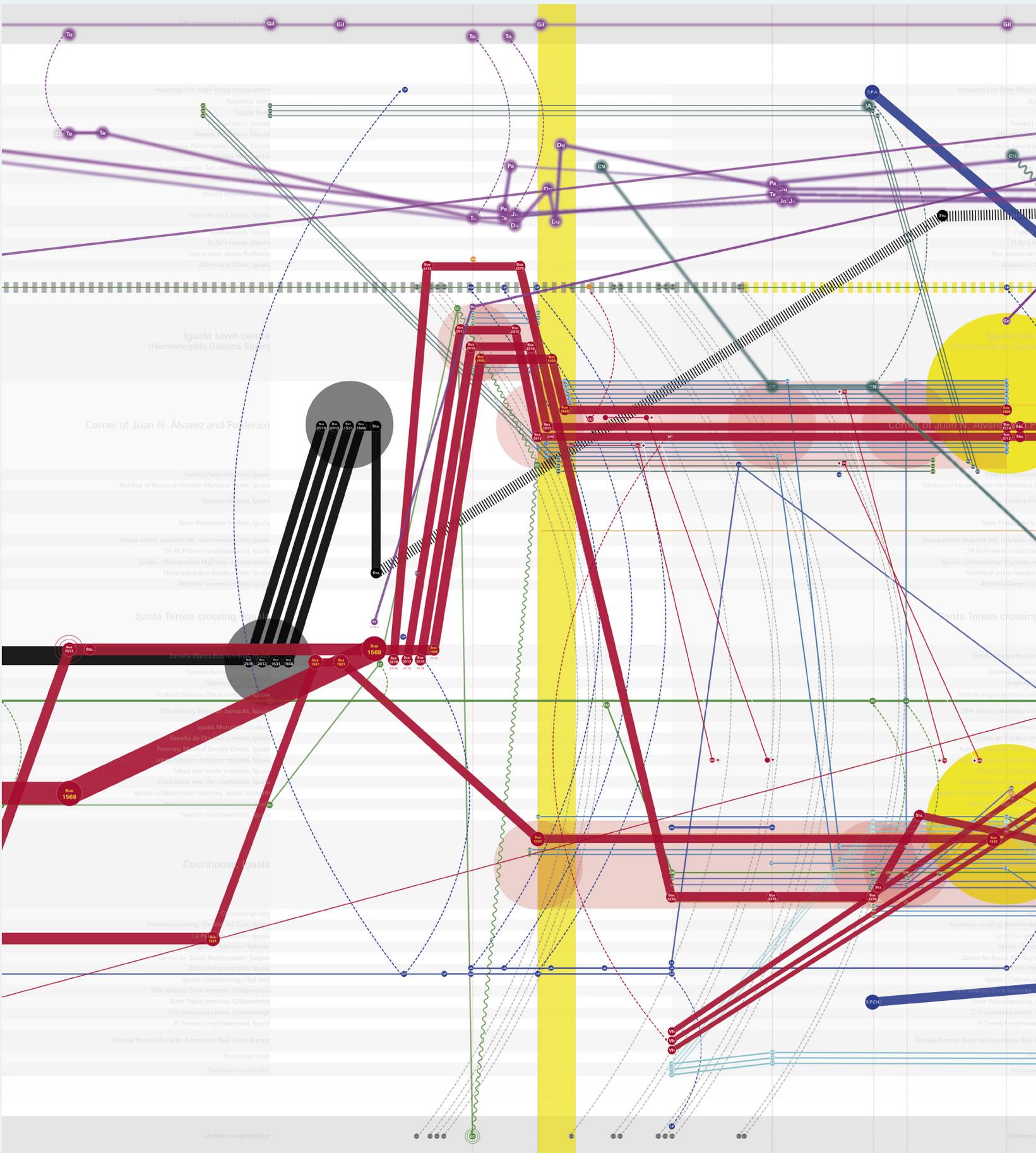
la desaparición de los estudiantes y permite vislumbrar nuevos caminos de interrogación.

Detrás de este mural, presentado en el contexto de la exposición “Forensic Architecture: Hacia una estética investigativa”, se encuentra un equipo interdisciplinario liderado por el arquitecto británico-israelí Eyal Weizman. Desde su fundación en 2011, Forensic Architecture (FA) desarrolla teorías y metodologías que hacen uso de las herramientas del pensamiento y representación de la arquitectura para investigar los rastros materiales de las violencias que, en el ejemplo de Ayotzinapa, el Estado mexicano dejó impresas sobre los materiales expuestos —como si fueran papel fotosensible— al evento de violencia. En palabras de Weizman, el trabajo de FA no trata de encontrar una nueva verdad unívoca, sino de romper y desestabilizar la construcción de narrativas hegemónicas promovidas desde el Estado para dar paso a nuevas lecturas, preguntas y sensibilidades. En su trayectoria, FA ha buscado exhibir su trabajo en espacios públicos dedicados a la difusión cultural y artística —como lo es el MUAC— para extender el rol de recinto artístico a foro público que permita una práctica política que cuestione el valor que le damos a lo estético, ya no exclusivamente como un concepto referente a la belleza, sino para expandirlo al mundo de lo sensible y perceptible.<sup>1</sup> Es decir, el campo de acción de FA está en el enfrentamiento de lo material y su procesamiento a través de nuestros sentidos para desde allí proponer prácticas políticas transformadoras. La arquitectura juega un papel preponderante en estas tareas, pues el espacio es mediador de tales materiales hiperestetizados.

Entre los conceptos centrales de las teorías y metodologías que guían el trabajo de Forensic Architecture está el *testigo material*, la *plástica política*, y la *hiperestetización*. Estos conceptos son calibraciones teóricas que realiza FA para poder comprender los entornos arquitectónicos donde acontece violencia: no sólo aquellos considerados tradicionalmente como objetos arquitectónicos, sino también las ecologías urbanas, las logísticas e infraestructuras de las economías políticas, incluso las arquitecturas digitales donde corren los softwares del capitalismo de la vigilancia y la financiarización de bienes y servicios. Estas arquitecturas son capaces de registrar las transformaciones —como si fueran un material *plástico* moldeable por fuerzas *políticas*—<sup>2</sup> que sufren cuando son trastocadas por fuerzas que perpetran violencias. Así uno puede volverse sensible —o *hiperestetizarse*, contrario a *anestesiarse*, o volverse insensible a la percepción del entorno y los efectos y afectos que produce

1 Eyal Weizman, *Forensis: the architecture of public truth*, Berlin, Stenberg press, 2020. p. 9.

2 *Ibid*, p 11.



Mural de Ayotzinapa, elaborado para la exposición del 2017 en el MUAC



en las subjetividades humanas— para leer en los *testigos materiales* que las epistemologías y técnicas de representación arquitectónicas son capaces de hacer sensibles. Mediante este giro, las arquitecturas pueden presentarse como evidencia ante el público, pero también ante tribunales, foros políticos y sí, en museos de arte contemporáneo.<sup>3</sup>

Forensic Architecture comprende que desdibujar los límites entre cada uno de estos *foros* ofrece la posibilidad de articular conversaciones que tocan el fondo de la complejidad de las violencias que investigan, y por ello transita entre cada uno de ellos. De hecho, el “Forensic” en el nombre de la agencia no se refiere exclusivamente a las prácticas criminalísticas —tan seguido monopolizadas por Estados que no solo ostentan el monopolio de la fuerza pública y su perpetración de violencias, sino también mantiene monopolio sobre el nombramiento, la identificación y la judicialización de dichas violencias—, sino a la necesidad de recuperar los medios de producción de verdades públicas. En otras palabras, se cimenta en el *forum*, el espacio público multidimensional que no discrimina lo político de lo cultural, o de lo legal frente a lo afectivo. Las metodologías de Forensic Architecture despliegan una producción de *contra-investigaciones* realizadas con una mirada *contraforense*, lo que quiere decir que cada esfuerzo de producciones de verdades públicas se enfrenta a la hegemonía de narrativas sobre la violencia que frecuentemente controlan los Estados, las corporaciones y los cuerpos militares y policíacos.<sup>4</sup>

El corpus del trabajo de Forensic Architecture ya se ha desplegado en casos de violaciones a derechos humanos a través de más de ochenta investigaciones en casi treinta países, examinando complejos entramados que producen violencias políticas, ambientales, corporativas, financieras y digitales a través del uso de más de una veintena de metodologías innovadoras que operan en los límites de la arquitectura, el arte, el periodismo y el litigio.<sup>5</sup>

En los últimos once años, el trabajo de FA ha sido ampliamente reconocido, presentado en diferentes foros públicos y académicos y publicado tanto en revistas académicas como en medios de difusión para público en general. El impacto de FA en parte se debe al uso de novedosas tecnologías, lo que ha derivado en la equiparación de tales técnicas y metodologías visuales como sinónimo del trabajo de la arquitectura forense, o bien, en el malentendido de que la metodología está solamente en su lenguaje estético. Pero su trabajo no se limita a

tales producciones cartográficas o al *mapping*, aunque sí sea una de las herramientas claves utilizadas por el grupo de investigación. Tampoco se puede reducir al desarrollo de videos con modelos en tres dimensiones o simples reconstrucciones de hechos.

Esta equivocada sustitución del análisis crítico por el lenguaje gráfico ha abierto la puerta para el uso de técnicas similares por medios de comunicación, otras iniciativas de investigación —incluso gobiernos— que, siguiendo el lenguaje desarrollado por FA, presentan simulaciones de eventos que, aunque tengan un valor expositivo, por lo general carecen de profundidad de análisis y agencia política.

La adopción de herramientas y lenguajes inspirados en el trabajo de FA no es en sí problemático ya que la agencia ha desarrollado plataformas y metodologías de libre acceso y ha compartido sus experiencias y herramientas con defensores de derechos humanos y organizaciones no gubernamentales. El problema radica en el riesgo siempre latente de que acciones y metodologías de resistencia sean cooptadas por aparatos gubernamentales o corporativos y en ese proceso sean despolitizadas. Por eso, hablar del trabajo de FA no es solo hablar de sus técnicas, sino de los profundos análisis de las violencias que representan y de las conceptualizaciones teóricas, críticas, artísticas y políticas desde donde surgen. Las metodologías que son utilizadas en cada *contrainvestigación* son dictadas por las complejidades de los acontecimientos y sus contextos de violencias. Cada proyecto demanda un análisis único a partir del cual se diseñan las metodologías de investigación y, en muchos casos, se inventan nuevas herramientas sensibles al caso. Resulta más productivo describir FA a partir de los conceptos que utilizan para generar preguntas y dismantelar discursos hegemónicos, pero también como una comunidad creciente de actores que proceden de diferentes disciplinas y geografías y que encuentran como punto en común la voluntad de trabajar con comunidades afectadas directa e indirectamente por violencias para encontrar esos puntos de aperturas epistémicas.

En el año de 2016, diversos actores políticos y sociales en Colombia decidieron emprender, una vez más, un proceso de paz. Para ello, sometieron a un proceso legislativo la creación de una Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No repetición (CEV) con un mandato de tres años, mismo que fue extendido nueve meses por las dificultades que ocasionó la pandemia. La CEV fue facultada con un generoso presupuesto y un margen de maniobra y facultades necesarias para sostener la voluntad política de ir al fondo de docenas de casos de violaciones a derechos humanos que en Colombia han cometido tanto por actores estatales como no estatales. El

3 Susan Schuppli, *Material witness: media*, Massachusetts, MIT Press, 2020.

4 Eyal Weizman, *op. cit.*, p. 13.

5 Forensic Architecture, (n.d.) “About”, *Forensic Architecture*, en <<https://forensic-architecture.org/about/agency>

Comisionado Alejandro Valencia conocía bien el trabajo que Forensic Architecture había desempeñado —sobre todo con el caso Ayotzinapa— y no dudó en solicitar los servicios de la agencia de investigación contraforense para asistir en la investigación de tres casos paradigmáticos en la memoria colectiva de Colombia: la toma y retoma del Palacio de Justicia, los despojos de Tierra en el Urabá antioqueño, y el desplazamiento forzado del pueblo originario Nukak.

La colaboración entre la CEV y Forensic Architecture culminó en la producción de la exposición “Huellas de la Desaparición” en el Museo de Arte Miguel Urrutia en Bogotá. Tal y como lo hizo la exposición de Ayotzinapa en el MUAC en 2017, esta exposición en Colombia detonó un imaginario político entre activistas y defensores de derechos humanos, pero también entre personas que trabajan la arquitectura, para invitar a volver a mirar las violencias desde su complejidad para narrarlas a través de lenguajes arquitectónicos.

En México continuamos viviendo las consecuencias de violencias que, si bien no iniciaron con la declaración en diciembre de 2006 de lo que hoy conocemos como la guerra contra las drogas, sí muestran un continuo patrón de enmarañamiento, exacerbación y profundización de profundos problemas políticos, económicos y sociales. El llamado para comprender a estas violencias desde esa complejidad para incidir sobre ellas no debe ser monopolio del Estado mexicano, ni el campo exclusivo de un puñado de disciplinas entre, por ejemplo, las ciencias políticas y el derecho. El trabajo de Forensic Ar-

chitecture ha demostrado cómo las personas que pensamos y practicamos desde la arquitectura tenemos un papel clave que jugar. El llamado es a imaginar la creación de una unidad de investigación situado en México que esté inspirada en el camino que ha forjado FA, pero que se adapta y responde a las particularidades que expresa cada escala espacial de las violencias en este país, desde la escala de un objeto interescalar como lo puede ser un cultivo, para así dar entrada a las logísticas e infraestructuras de la economía política que manifiestan violencias cinéticas como lo son masacres, desapariciones de personas o despojos de tierras. Es tiempo de preguntarnos: ante las violencias que asedian nuestro país, ¿qué respuestas podemos ofrecer las y los diseñadores o arquitectos en colaboración con científicos, abogados, periodistas y artistas?

Eyal Weizman ha sido invitado a dar una ponencia magistral en la Facultad de Arquitectura en el marco de la conferencia *Cartografía: una herramienta crítica en el diseño*. La invitación no trata únicamente de acercar el trabajo de FA a la comunidad de la Facultad, sino de señalar el compromiso que nuestra institución tiene con la búsqueda de nuevas vías de diseño y construcción de verdades, justicias, reparaciones, memorias y garantías de no-repetición en nuestro país. Simultáneamente, la Facultad albergará, durante el año académico 2022-23, una serie de clases, talleres y pláticas que aborde desde diferentes formatos, las intersecciones de la práctica arquitectónica, la teoría y la crítica con los derechos humanos así como su papel en los espacios políticos y públicos.



Vista del MUAC en el Centro Cultural Univeristario, junio de 2022, fotografía de José Assadourian.